

podrías dedicar á algo más grato para ti que acrecer la renta de Correos.

Estoy convencida de que el pueblo casi no sabe lo que son las postales, ni cómo se usan, ni si llegan alguna vez á su destino. En las carterías de aldea y en los estancos de los pueblos pequeños, pero donde existen Juzgado municipal, ayuntamiento, policía y hasta luz eléctrica, pediríais en balde una tarjeta postal. ¡Es cálculo hábil de la Administración para que todo el mundo pase bajo las horcas caudinas de los 0,20 de franqueo, ó es sencillamente el descuido que engendra en el vendedor el que nadie pida determinado artículo? Lo cierto es que yacen «en el panteón del olvido involuntario,» como dice un personaje de zarzuela, las útiles y manejables tarjetas postales, y que en mi correo, tan formidable como variado, apenas se ve una postal en lengua castellana, y en lenguas extranjeras llegan infinitas.

Influye acaso en la repulsión que inspira la postal la idea de que todos los de Correos leerán lo que en ella se dice. Y yo pregunto: ¿qué importa, cuando no se dice nada que importe? Las nueve décimas partes de las cartas no le interesan sino al que las escribe; concedo, aunque no es seguro, que le interesen también al que las lee; mas para el empleado, que con la cabeza hecha un bombo y el cuerpo rendido del trabajar, clasifica la correspondencia para despacharla, ¡valiente plato de gusto enterarse de las insignificancias que contiene la postal! Si al empleado le tentase la curiosidad (y lo digo juzgando de la psicología del empleado por la de los que no lo somos), le tentaría con el señuelo de la carta cerrada; no de la abierta. Y si le tentase la codicia, lo propio. Se despega, se profana, se registra, se viola lo muy recatado y defendido; no lo que es del dominio público.

No aspiro á hacer competencia á mi amigo y pariente Pardo de Figueroa, más conocido bajo el seudónimo del *Doctor Thebussem*; no pongo la mira en ser *cartera honoraria*, á pesar de que en estos tiempos de recargos é impuestos progresivos no es de despreciar la franquicia; y sólo la sinceridad y el deber de dar á cada cual lo suyo me mueven á estampar que el correo, en España, no está ni mal organizado ni mal servido. El público á veces se perjudica por desconocimiento del mecanismo postal; y después se desquita y consuela calumniándolo, echándole las culpas de cuanto malo ocurre: la verdad es que se trabaja en Correos, y en general se cumple. Hay sus faltillas, bueno... Perfecto sólo Dios, según la frase usual. Deben de estar muchas veces á pique de volverse locos, con tanto cartulario, tanta letra mala, tanto impreso de toda clase, los sobres de adivina adivinanza, que nos obligan á exclamar cuando los recibimos: «¡No sé cómo diablos ha podido llegar esto!» Un día, hace bastantes años, recibí yo de América una carta con la siguiente dirección: «A la autora de San Francisco de Asís. — España.» Ni más nombre ni más señas. La carta vino como una flecha, recta á su destino. He guardado el sobre, en testimonio de la agudeza y erudición bibliográfica de los funcionarios del ramo.

Y las postales, créanlo ustedes, llegan exactamente igual que las cartas cerradas; ni se pierden, ni nadie se dedica al *sport* de leerlas. El comercio empieza á adoptarlas, dando muestras de buen sentido, y es posible que algún día se generalice su uso, sobre todo si los que tanto miran los 0,05 del recargo se convencen de que cuestan esas cartulinas 0,20 menos que una carta común y corriente.

\*\*

Llegaba á este punto de mi crónica cuando el correo me trae la triste nueva del fallecimiento del escritor granadino Angel Ganivet.

En otra crónica anterior le consagraba mención elogiosa á propósito de sus *Cartas finlandesas*, por las cuales acababa de enterarme de que existía, no en España, sino muy lejos de ella, un escritor lleno de ingenio y de picante atractivo. Leídas las *Cartas finlandesas*, mi deseo de poseer los demás libros, algunos raros ya en el mercado, de tan chispeante autor, deseo manifestado al docto catedrático de Granada Sr. González Garbin, me valió, además del *único* ejemplar que le quedaba á Ganivet de su *Granada la bella*, una carta que por extremadamente halagüeña para mí debo á un tiempo esconder y conservar como oro en paño, en memoria de tan corta como agradable relación literaria. ¡No dió tiempo la muerte ni á que yo respondiese á Ganivet, manifestándole mi gratitud, diciéndole el interés vivísimo que despertó en mí el *Idearium*! Séame lícito entretejer aquí, á modo de corona de siemprevivas, algunas impresiones acerca de este libro muy singular.

Ganivet, en el *Idearium*, muéstrase católico, y ca-

tólico ferviente, pero enemigo de todo empleo de la fuerza, de toda coacción religiosa. Es tolerante... porque cree. Al combatir como error vulgar ó común la idea de que las naciones protestantes poseen mayor cultura y mayor influencia política que las adheridas al catolicismo, cita á Bélgica: «Allí — advierte — no se emplea sistemáticamente la fuerza.» Nosotros, por haberla empleado largos siglos, estamos ya, en opinión del autor, como embotados, anestesiados, dormido el nervio religioso; y siente Ganivet que para vigorizar nuestro catolicismo, nos harían falta unas cuantas docenas de herejes, pero verdaderos, revoltosos, de talla, contra los cuales reaccionáramos, despertándose así nuestra alma, en lo más íntimo y sensible de sus fibras.

Si esta es la explicación del actual indiferentismo religioso que en España hace estragos, la de nuestro espíritu de independencia está en nuestro territorio: somos independientes porque formamos una península: nuestra forma nos aísla, sin alcanzar á evitar nos las invasiones de que las islas como la Gran Bretaña están casi exentas; expuestos á la agresión, cultivamos el propósito de rechazarla; hemos llegado, con la imaginación, á creernos isleños. «Nuestra historia es una serie inacabable de invasiones y de expulsiones, una guerra permanente de independencia.»

Una de las páginas más profundas del *Idearium* y más aplicable ahora, es la que establece la distinción, mejor dicho, la oposición entre el «espíritu guerrero» y el «espíritu militar.» El primero es espontáneo, el segundo reflejo; aquél está en el hombre, éste en la sociedad... «Una nación que teme, que no se siente segura, pone toda su fe en los cuarteles... España es por esencia un pueblo guerrero, no un pueblo militar.» A la tétrica luz de los recientes sucesos, ¡cuánta enseñanza encierra la fórmula indiscutible de Ganivet! Y no puede negarse; pruébase con la historia en la mano. Mi nunca olvidado amigo Cánovas del Castillo defendió un día, teniendo la bondad de discutir conmigo, la superioridad del valor pasivo y obediente, mudo y mecánico, sobre el valor tumultuoso, individualista — el valor de guerrilla. — Yo, aprendiendo en las doctas palabras del maestro, sostenía mi afirmación: será más grande el soldado-máquina, pero no será español jamás. Aquí, lo bueno que se hizo, hízose por arranque, como dice Ganivet; sin compás, plan ni medida. Y esto es tan nuestro, que los extranjeros no lo comprenden, no se dan cuenta de ello, y califican de bandoleros á nuestros espontáneos é *inspirados* conquistadores.

\*\*

Necesitaría extenderme en triple ó cuádruple espacio del que estas crónicas usufructúan en LA ILUSTRACIÓN, si quisiese recontar los puntos de vista nuevos, muchas veces felices, siempre expuestos de un modo sugestivo que hace pensar, que encuentro hojeando el *Idearium*, obra tan compendiosa y tan nutrida. Escrito por un meridional, el libro es claro, sucinto, sin alardes de método ni extensas demostraciones; libro de *guerrilla* también. Ejemplos familiares y de carácter pintoresco lo ilustran, quitándole toda pretensión de tratado de filosofía. Es un estudio del alma española, que revela á un hombre capaz de razonar, como dicen los pintores, la figura de la patria. Se ve que está escrito al correr de la pluma, pero sobre material que el autor ha meditado despacio y sentido con calor de cariño. Es libro de joven por los manantiales que brotan de él; libro jugoso, vibrante — un libro que palpita. ¡Van escaseando tanto los libros así!

Hay un insidioso galicismo, que empleo de mala gana, y que no sé evitar: Ganivet muere *sin dar su medida*. Quizás, viviendo, no produjese cosa más eléctrica que el *Idearium*; como el malogrado Joaquín Bartrina, con quien tiene Ganivet vaga semejanza intelectual — á pesar de ser católico y optimista, y Bartrina lo contrario, — es probable que nos haya dejado la medula honda de su espíritu en su breve tomo de poesías. De los cuatro períodos que según Pablo Bourget comprende la vida del gran escritor — el primero en que se le ignora, el segundo en que se le aclama para hacer rabiar á los que le preceden, el tercero en que se le difama porque triunfa, el cuarto en que se le perdona porque se le olvida, — Ganivet sólo conoció el primero, y empezaba á saborear el segundo, que gracias á su muerte está ahora en la plenitud... Sí, ahora la prensa, cada día más avara de sitio, más cerrada á lo que es verdaderamente literario y sin embargo no es teatral, entierra á Ganivet con una apoteosis. Peor suerte tuvo España, á quien entierran clandestinamente.

EMILIA PARDO BAZÁN

## LA VIDA CONTEMPORÁNEA

## EL CORREO

Dícese que desde el recargo de cinco céntimos en el franqueo de cada carta, recargo establecido en concepto de impuesto de guerra, ha bajado mucho la renta de Correos, lo cual, si á primera vista no arguye patriotismo, también, mejor considerado, arguye que bastante apurados estaremos los españoles, cuando nos arredra ese *perrillo chico*, que todos suelen aflojar insensiblemente y con buen humor: el niño para altramuces, cacahuetses ó caramelos, el hombre para la caja de cerillas, la mujer para el «ciegucecito» ó el «alpañil que saca del andamio» y el mismo mendigo para la copa de vinazo azul ó el vaso de café de recuelo.

Al mismo tiempo, hay en el español, por lo que al correo respecta, un extraordinario alarde de rumbo, de despilfarro diré mejor: aludo á su repugnancia á usar la tarjeta postal. Cómoda y barata á la vez, la tarjeta postal debía ser el predilecto medio de comunicarse por escrito en un país que necesita hacer ahorros; porque la tarjeta postal no sólo es económica para quien la envía, sino para quien la recibe, dado que no se pagan por ella los cinco céntimos de porte que exige la carta cerrada. El espíritu de solidaridad social escasea tanto entre nosotros, que ningún español genuino dejará de exclamar, alzando los hombros, al leer lo que antecede: «¡Pues me tiene á mí con cuidado que el prójimo se gaste 0,05 en recoger lo que me da la gana de escribirle!» ¡Oh español castizo y neto! Pues el prójimo hace contigo lo que tú haces con él, y á su vez te echa la contribución de los 0,05. De suerte que tu esplendidez, al prescindir del beneficio de las postales, grava cada mensaje epistolar tuyo con 0,05, valor que atribuyo al papel y sobre; 0,10, diferencia de franqueo (con el recargo); 0,05, porte al cartero; total, 0,20. Supongamos, por fijar un tipo, que escribes ó recibes al mes... cincuenta cartas cerradas que te dicen lo que podrían decirte en postal sin inconveniente alguno, y cádate un gasto mensual inútil de diez pesetas, y anual de ciento veinte, que